

uniéndose vuestra hermosa alma á vuestro cuerpo, este no sea por más tiempo privado de la felicidad que mereció, sirviéndola de auxilio en los combates que ha sostenido; y que habiendo padecido los mismos trabajos, reciba con ella la misma recompensa.

ACTAS
DE S. SATURNINO,
S. DATIVO,
Y OTROS MUCHOS SANTOS MÁRTIRES
DE AFRICA. (1)

Sacadas de las ediciones de M. Balucio, y de Bolando, cotejadas con cinco Manuscritos; á saber: de S. Cornelio de Compiègne: de S. Benito sobre el Loira: de la Abadía de los Prados: de los Celestinos de París; y de los de Fevillans de la misma Ciudad.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

Aquí comienzan las Actas de los Santos Mártires Saturnino, Presbytero, Felix, Dativo, Ampelio, y otros, que se nombrarán mas abaxo, los quales derramaron su sangre en ver-

(1) El día 12 de Febrero.

versos tiempos, y en diferentes lugares, por haber confesado la Divinidad de Jesu-Christo, y por no haber querido entregar á los Infieles las santas Escrituras, siendo por entonces Anulino Proconsul del Africa.

En el Imperio de Diocleciano, y de Maximiano hizo el demonio la guerra á los Christianos de un modo enteramente nuevo. Sugirióles á los que gobernaban el pensamiento de destruir del todo el culto del verdadero Dios; y los medios que les inspiró, y que á él le parecian infalibles, fueron hacerse apoderar, y quemar todos los libros de uno, y otro Testamento, demoler las Iglesias, y prohibir las asambleas de los Fieles. El Ejército del Señor se horrorizó de estos sacrílegos designios, y resolvió el no obedecer jamás á unos órdenes tan injustos, y tan llenos de impiedad. Armanse, pues, contra los Christianos: prepáranse á combatir, no contra hombres, sino contra los demonios. Y aunque hubo algunos que fueron tan infelices, ó tan cobardes, que pusieron los santos libros en manos tan profanas, hubo incomparablemente muchos mas, que por librarlos del furor de los Idólatras, se expusieron ellos mismos á él, y conservaron este sagrado depósito á costa de su vida. Hubo tambien un grandísimo número de estos, que animados de aquel fuego, que hace amar todo lo que pertenece á Dios, despreciaron al diablo, y sus ministros; y cargados de palmas teñidas en su sangre, firmaron con esta misma la condenacion de

de los Traditores (1), y de sus cómplices; y subscribieron á la sentencia que los echaba de la Iglesia, la qual no puede encerrar en un mismo seno Mártires, y traidores.

Veíanse, pues, llegar de todas partes tropas de Confesores, que venían al campo de los Fieles para tener parte en la guerra. Fortificábanse en él contra el enemigo, y se preparaban muy bien para recibirle. Abitina, Ciudad de Africa, de la Provincia Proconsular, vino á ser uno de los principales teatros de ella; y la casa de Octavio Felix fue uno de los quarteles de la asamblea. Al primer sonido de la trompeta acudieron á él todos los Mártires: y como un Domingo se celebrasen los Divinos Misterios, habiendo tenido soplo los Magistrados, vinieron á él con mano fuerte; y hallando allí quarenta y nueve Christianos, los prendieron, y pusieron en manos de un Oficial de la guarnicion. Y estos son los nombres de todos ellos.

El Presbytero Saturnino con sus quatro hijos, á saber: Saturnino el joven, y Felix, ambos á dos Lectores: María, Religiosa, é Hilarion, que todavía era muy niño: el Senador Dativo, Felix, otro Felix, Emerito, Ampelio, Rogaciano, Quinto, Maximiano, Telica, otro Rogaciano, Rogato, Januario, Casiano, Victoriano, Vicente, Ceciliano, Restituta, Eva, Prima, otro tercer Rogaciano, Givalio, otro Rogato, Pomponia, Se-

(1) Véanse las Notas sobre el martirio de S. Felix.

gunda, Januaria, Saturnina, Martin, Dante, otro tercer Felix, Margarita, Mayor, Honorata, Regiola, Victorino, Pelusio, Fausto, Daciano, Matrona, Cecilia, Victoria, Herectina, otra Segunda, otra Matrona, y otra Januaria.

El Dativo, ornamento del Senado de Abitina, y á quien su dichoso nacimiento destinaba para ser algun dia uno de los principales Senadores del Cielo, marchaba al frente de este sagrado batallon. Iba á su lado Saturnino, Presbytero del Señor, rodeado de una ilustre familia, de la qual una parte debia ser asociada á la gloria de su martirio, y la otra reservada para perpetuar en la Iglesia su nombre, y su memoria. Seguíanlos todos los demas en silencio. Esta tropa escogida, y que el Señor miraba como á los mas selectos de los suyos, estaba cubierta de armas celestiales, del escudo de la Fe, de la coraza de la justicia, del morrion de la salvacion; y cada uno tenia en la mano la espada de dos filos, que es la palabra de Dios. Con armas tan buenas, tan relucientes, y tan fuertes, estaban como seguros. Condúxoseles al principio á la Audiencia, en donde confesaron á Jesu-Christo, y merecieron por este santo atrevimiento que sus Jueces mismos hiciesen su elogio. Verdad es, que hallaron los ánimos en alguna manera dispuestos á su favor, por un suceso, que tenia mas de milagro, que de acaso, y por el qual parecia haber querido el Cielo dar á entender que se declaraba altamente por los divinos libros. Porque

que como Fundano, en otro tiempo Obispo de esta Ciudad, los hubiese entregado al Magistrado para quemarlos, y estuviere ya pronto á echarlos al fuego, sucedió que estando el ayre muy sosegado, y sereno, se levantó una recia tempestad, que lo apagó con su lluvia, y á la que se siguió un granizo tan horrible, que asoló toda la campaña vecina, dexando por todas partes señales de la cólera de Dios contra estos incendiarios sacrílegos.

Con todo eso los Jueces de Abitina no dexaron de poner en una cadena á nuestros quarenta y nueve Confesores, y enviarlos á Cartago. Partieron, pues, llenos de alegría, y de consuelo al verse encadenados por Jesu-Christo, dándole gracias con Himnos, y Cánticos, que no cesaban de proferir en todo el camino. Luego que llegaron, fueron introducidos á la Audiencia de Anulino, Proconsul de la Provincia, y en ella tuvieron nuevos combates que sostener contra el común enemigo; pero peleando la gracia del Señor por ellos, no pudo alcanzar ventaja alguna. Viendo, pues, que eran invencibles todos juntos, los separó para lograr victoria de cada uno de ellos. Yo referiré todas estas particulares contiendas, y no emplearé en mi relacion mas que las propias palabras de estos Santos, para que en la descripcion, que he de hacer de los tormentos, que el demonio inventó contra ellos, se pueda conocer hasta dónde pudo llegar su rabia contra los hombres; y al mismo tiempo se adore el poder, y la

la bondad de nuestro Señor Jesu-Christo, que los sostiene, los fortifica, y los hace victoriosos del mismo enemigo, y los tormentos.

Despues que fueron presentados al Proconsul por el Oficial de la guarnicion de Abitina, y se le hizo saber que eran Christianos, acusados de haber celebrado el Domingo, y la Colecta (1) contra la expresa prohibicion de los Emperadores, y de los Césares; el Proconsul hizo primero el interrogatorio á Dativo: Preguntóle de qué condicion era, y si habia asistido á la Colecta de los Christianos; y como respondiese que era Christiano, y que se habia hallado en la Colecta, le dixo el Proconsul señalase al que presidía en ella, y en casa de quién se habia hecho; y sin aguardar respuesta, lo hizo estender sobre el potro, y desgarrarle con uñas de hierro. Pero como los verdugos comenzasen á executar la orden con aquella prontitud, y aquella alegría que su natural feroz les inspira, habiendo ya metido sus uñas de hierro en los costados del Martir, el intrépido Telica se hace paso por entre el tropel, avánzase, y presentándose á los verdugos, comienza á gritar: Todos nosotros somos Christianos, y todos hemos asistido á la Colecta. Esta accion atrevida, é imprevista turbó á el Proconsul; entra en furor, y diferenciando por diversion, abandona á Dativo por

(1) Por el Domingo entendian ellos la celebracion de los santos Misterios; y por la Colecta, toda suerte de asambleas.

Telica. Mandóle dar muchos golpes , estendiéronle sobre el potro , desgarráronle los costados; pero el Santo Martir no decia mas que estas palabras: Por vos , Señor , sufro esto : por vos , ó Jesus , Hijo de Dios vivo ; venid en socorro de vuestros siervos.

Quiero , le dixo el Proconsul , que me diga ahora mismo el nombre de aquel en cuya casa se ha tenido la Colecta. Respondióle con una voz clara , y distinta , aunque en aquel momento no dexasen de atormentarlo los verdugos : Saturnino , y todos estábamos allí. Díxole el Proconsul : Muéstramelé. Vele allí , le dixo , señalando á Saturnino. Y no por eso se ha de pensar que Telica hizo esto por entregarlo á la crueldad del Proconsul ; sabía muy bien que este Santo Presbytero estaba impaciente por entrar en la batalla: obraba , pues , por otro motivo diferente. Quería por este medio dar á conocer al Gobernador , que esta Colecta habia tenido todo quanto la podía hacer completa , y solemne , y que se celebraron en ella los sagrados Misterios , puesto que el Sacerdote estaba presente. Entretanto corrian arroyos de sangre de sus costados sobre la tierra. Acordándose del precepto del Evangelio , levantó su voz , y pidió perdon al Cielo por los que le atormentaban. Despues , dirigiéndose á ellos , y al mismo Proconsul : Infelices , les dice , ¿ qué es lo que haceis ? A Dios es á quien atormentais. Altísimo Dios , detened su crueldad ; yo bien sé , Señor , que vos no la consentís. Un momento

to despues los reprehendía , diciendo : Vosotros ofendeis á Dios , miserables : contra él es contra quien se vuelve vuestro furor : haceis perecer á unos inocentes ; ¿ y por qué ? ¿ Somos acaso nosotros algunos homicidas ? ¿ Nos acusan de haber hecho injusticia á alguno ? Señor , tened compasion de ellos. Yo os doy gracias : fortificadme : dadme paciencia en los dolores que sufro. Libra , Señor , á vuestros siervos : rescátalos de la esclavitud del siglo. Gracias os doy , Dios mio , yo no puedo darte las debidas. Y redoblando en este momento los verdugos sus esfuerzos , como su sangre continuase corriendo con abundancia , le dixo el Proconsul : Parece que comienzas á conocer lo que te es preciso sufrir. A lo que al punto añadió Telica : Es verdad , pero es por la gloria. Gracias doy al Rey de los Reyes : ya alcanzo á ver el del Cielo : aquel Reyno eterno : aquel que jamás será destruido ; le veo , y le toco ya. Señor , Jesus , siervos vuestros somos. Vos sois toda nuestra esperanza : Vos lo sois de todo el Christianismo : Altísimo Dios , Santísimo , Omnipotente. Interrumpióle el Proconsul , y le dixo , Tambien debes obedecer las órdenes de los Emperadores , y de los Césares. Pero Telica le respondió con un tono de voz constante , y firme , aunque su cuerpo , casi ya sin sangre , tenia ya perdida una gran parte de sus fuerzas : Yo no obedezco sino á las órdenes de mi Dios : yo no conozco otras leyes que la suya ; aquella Ley adorable , por la qual me será

Tom. II. P dul-

dulce el morir. Ley de mi Dios, yo te sacrifico voluntariamente mi vida. Estas palabras eran otros tantos dardos inflamados, que introducian el fuego, y el dolor en el alma de Anulino. Basta, dixo este, llévenlo á la prision.

Vuelve, pues, á entrar Dativo en el campo de batalla. Habia estado este siempre estendido sobre el potro durante el combate de Telica; y desde allí, como desde un teatro eminente, aplaudió muchas veces la generosa resistencia de este valiente Atleta; y todas las veces que decia que era Christiano, Dativo repetía: Yo tambien lo soy. Esto impacientó mucho á Fortunaciano, que por entonces estaba preocupado contra la Religion Christiana, aunque por otra parte fuese un hombre de gran probidad, y digno de el lugar que ocupaba en el Senado. Lo que mas le exasperaba contra Dativo, era el creer que este Senador de Abitina habia inspirado á su hermana abrazase el Christianismo. Esta era la ilustre Victoria, á la que veía entre los quarenta y nueve Mártires. Dirigiéndose, pues, Fortunaciano al Proconsul: Señor, le dixo, este es aquel malvado, que en ausencia de mi padre, se introduxo, no sé cómo, en nuestra casa, engañó con sus bellos discursos á mi hermana Victoria; y habiéndola persuadido se hiciese Christiana, la llevó á Abitina con Segunda, y Restituta. No pudo sufrir Victoria, que un hombre de honor, y su compañero en el martirio, fuese por causa suya expuesto á la calumnia; y sin considerar que era su pro-

pio hermano el acusante, tomó la palabra, y dixo al Proconsul con esta libertad christiana: Es falso, Señor, es falso, que yo haya salido de Cartago á persuasion de ninguno, y aun lo es mucho mas que sea este el que me llevase á Abitina; yo me fuí allá de mi voluntad: no quiero mas testimonio que el de los mismos vecinos de una, y otra Ciudad: y si he asistido á la Colecta, es porque soy Christiana, y como tal he celebrado con los hermanos el santo dia del Domingo. Continuaba Fortunaciano recargando á Dativo: este se justificaba desde lo alto del potro; pero el Proconsul, sin quererle escuchar, le hace reprehender por los verdugos, y que lo vuelvan á tomar por su cuenta. Estos hombres, alimentados de sangre humana, vuelan al primer mandato que reciben: encarnízanse sus crueles manos en los costados del Martir: comienzan á cortárselos: quítanle el pellejo: empiezan á verse las entrañas; y todo lo interior que la naturaleza ha cubierto con el pecho, se vé luego expuesto á los ojos de los que se hallaban presentes. Mas no por eso desfallecia el valor del Martir Dativo. Desgáranle, traspásanle, hácenle mil pedazos, y permanece inalterable. No obstante, temiendo el hacer, ó decir alguna cosa que fuese indigna de la dignidad de Senador, y de Christiano, repetía muchas veces estas palabras: Señor, Jesus, no sea yo confundido. Obtuvo al instante el efecto de esta breve oracion. Porque el Proconsul se sintió turbado de no sé qué terror;

y en este movimiento gritó á los verdugos: Parad, basta. En esto Pompeyano, un infame delator, produjo contra el Santo una nueva acusacion, tan poco fundada, como la primera. El Santo no mostró sino desprecio de este hombre, y solamente rebatió su calumnia con estas palabras: ¿Espíritu infernal, qué haces aquí tú? ¿Aún vienes á emplear tus detestables artificios contra los siervos de Dios? Sábete, que ni temo tu malicia, ni el injusto poder que te protege. Un Senador, un Christiano, siempre triunfará de lo uno, y de lo otro. Pero como le era provechoso el sufrir por Jesu-Christo, y en otro segundo interrogatorio persistiese siempre en decir que habia asistido á la Colecta, volvió á enfurecerse de nuevo el Proconsul, y los verdugos exercieron su primera ferocidad impía. Súrcanle otra vez los costados con las uñas de hierro; y acudiendo tambien el Santo á su único, y poderoso Protector, repetía las mismas palabras: Señor, no sea yo jamás confundido. ¿Qué hice yo? Saturnino es nuestro Presbytero.

En tanto que los verdugos forman sobre su carne profundos, y sangrientos surcos, se presenta á la pelea el Presbytero Saturnino. Estaba este como avergonzado de no haber hecho aún cosa alguna que diese á entender su zelo, especialmente quando pensaba que sus compañeros tenían dadas ya muestras tan ilustres de su amor por Jesu-Christo, y de la noble, y santa ambicion de conquistar el Reyno del Cielo con el

mar-

martirio. Sintió, pues, una extrema alegría, quando le dixo el Proconsul: ¿Con que tú has tenido el atrevimiento de juntar todos estos en tu casa, contra la expresa prohibicion de los Emperadores, y de los Césares? Sí, señor, verdad es que lo he hecho, pero el espíritu de Dios me lo ha mandado; y baxo esta poderosa proteccion, hemos celebrado el santo dia del Domingo. P. ¿Y por qué no lo diferías? S. No nos es permitido el diferir esta solemnidad. Irritado el Proconsul de la constancia de esta respuesta, mandó que le pusiesen con Dativo. Este, pues, miraba su cuerpo desgarrado, y los pedazos de carne, que le colgaban por todas partes; pero contemplaba estas ruinas, y estos despojos de su cuerpo, como si no fuesen suyas. Aplicado su espíritu únicamente á Dios, no sentía dolor alguno. No obstante, oíasele de quando en quando hacer esta breve súplica: Venid, Señor, en mi socorro: conservad mi alma para vos: no sea yo jamás confundido: dadme, Dios mio, la fuerza de sufrir con paciencia, y con alegría. Y como le dixese el Proconsul: Siendo tú quien eres, debias dar á los demas exemplo de una perfecta sumision á las órdenes de los Césares; y no inspirarles, como lo has hecho, ese espíritu de rebellion, y de desobediencia: como el Proconsul le hiciese esta reprehension, gritaba él con un tono de voz todavía mas fuerte, y mas claro: Soy Christiano, soy Christiano. Estas palabras pronunciadas con aquel santo atrevimien-

Tom. II.

P 3

to,